

Salve, Regina, Mater misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra.



María Santísima es nuestra Reina, nuestra Madre, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza.

(Predicado el día de la fiesta de la Santísima Virgen de la Peña de Francia, en la Parroquia de San Martín de Valladolid, el día 25 de Octubre de 1902).



Ss palabra de Dios y la palabra omnipotente ni se muda ni pasará jamás: se desplomarán los cielos, se conmovieron las bases de la tierra, se evaporarán las aguas de los mares, morirá la luz del sol, y cuando el universo sea un monton de cenizas, y el sol un horno apagado, y los mares una inmensidad de arena estéril, en la extensión de los cielos, entre las ruinas del mundo, en el lecho vacío de los mares y en la inerte masa que fué un día el brillante rey de los astros, resonarán los acentos de la palabra de Dios, de aquella palabra augusta que estremeció las entrañas de la eternidad, cuando recorrió todas las anchuras de aquel abismo profundo el eco solemne de esta frase: *FIAT....., FIAT....., FIAT.* Ni una sola tilde faltará de la ley que es la palabra de Dios hasta que se cumplan los vaticinios todos; y cuando estén exactamente cumplidos los anuncios de San Juan en la visión apocalíptica, después que lo perecedero de la creación haya desaparecido para siempre, en la vida de la verdad resonaran los acentos de la palabra de Dios con la misma armonía que tuvieron en la eternidad que Dios vivo llenaba antes de que la creación saliera del caos del no ser. Los cielos y la tierra pasarán ¡Dios mio! tu palabra será tan eterna como Tú.

Es palabra de Dios: *Bienaventurados los hijos que honran á sus padres*. Bienaventurados vosotros, piadosos cofrades, vosotros todos, hermanos, que con el corazón bañado de alegría, con el alma rebosando ventura celestial, venis aquí, al templo, á la casa de nuestra Madre á darle á Ella que tanto nos ama, un testimonio claro, firme, terminisimo de vuestra solicitud por su gloria, de vuestro interés porque se extienda su culto, de vuestro amor acendrado, de vuestro respeto y de vuestra sumisión. ¡Sea enhorabuena! Vosotros salís ganando. Las madres de la tierra ¿con qué abundancia de caricias, de desvelos, de inexplicables trasportes de un amor, que solo ellas comprenden, que es de su patrimonio exclusivo, pagan una mirada de ternura, una prueba, una sola, la más insignificante, del cariño de los hijos de sus entrañas?

Esta hermandad, tan venerable como antigua, que desde la feliz invención de esa devota imágen en 1200 no ha cesado de honrar á la *Santísima Virgen de la Peña de Francia*, depositando á sus soberanos pies los anhelos del corazón y las aspiraciones del alma, confundidos aquellos y estas con las ofrendas de los príncipes y las coronas de los poetas, esta hermandad tocaba el ocaso de su vida....., iba á morir por consunción.....: vuestro celo, cofrades, la ha hecho resucitar; y resucita más briosa, con más alientos, más estrechamente unida que nunca: vuestro fervor, vuestro afán por el restablecimiento de las sales sabatinas confirman mi afirmación. Teneis por vuestra obra las felicitaciones de todos los amantes de la constancia en las empresas; teneis los plácemes de vuestra alma, y teneis otra cosa que vale mucho más que todo esto: ¡la bendición de la Virgen!

Tu bendición, Madre de mi alma: eso quieren, eso buscan; eso queremos y buscamos; tu bendición, savia fe-

cunda que vivifica el alma para que exhale el celestial perfume de las buenas obras. Buscando tu bendición nos hemos reunido aquí, en tu casa. ¡Qué bien estamos! Oh, si nunca terminara esta felicidad!; oh si ya no nos agitaran las encrespadas olas de las pasiones!; si la loca carcajada del mundo no hiriera nuestros oídos! Así, qué bien! los hijos con la madre, estableciendo de Ti á nosotros y de nosotros á Ti, dulcisima Madre mia, una corriente de amor divino; encontrándose en el camino del cielo el vapor de nuestras lágrimas con la luz de tu sonrisa; los tiernos rumores de nuestras plegarias con las suaves melodías de tu acento; los dulces latidos de nuestro corazón, con los suavísimos del tuyo, que son para nosotros, todos para nosotros; la compunción de nuestras miradas con el fuego de las tuyas....., con ese fuego que nos abrasa en amor divino ¡que de cobardes nos hace héroes! Así, qué bien! meditando tu grandeza, parando nuestra consideración en estas consoladoras verdades: que eres nuestra Reina, nuestra madre, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza. Con la gracia de Dios y con tu ayuda. *Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo, et spes nostra*:

AVE, MARÍA.....

María es reina!.... Reina de los cielos y de la tierra, reina de los Ángeles, hija predilecta del Rey Eterno y Madre del Rey Inmortal encarnado en sus entrañas por nuestro amor. Es Reina! La Reina coronada solemnemente por la Santísima Trinidad en las alturas del Cielo, con corona de doce estrellas, símbolo de las doce virtudes que con luz deslumbradora resplandecen en María. Su manto, salpicado de esmeraldas y rubies, cubre la creación entera, felizmente sometida á su salvador imperio; el cetro que el Rey de Reyes y Señor de los que dominan ha colocado en sus manos, confunde la soberbia de Satanás, aplasta su cabeza; al contacto de ese mágico cetro, se ha desmoronado el edificio del orgullo del infierno; se calman las furiosas tempestades de la duda; se amansan los huracanes que azotan la insegura barquilla de nuestra alma para sepultarla en las profundidades del abismo de la culpa ó romperla contra las fuertes rocas de las pasiones.... María es Reina!... Le rinde vasallaje la creación; los cielos y la tierra pronuncian su nombre de rodillas; á sus augustas plantas, los ángeles quemán un incienso de suavísimos aromas; las alas de los serafines son su trono; los dulces acentos de los coros celestiales, la venerable majestad de los patriarcas, los inspirados vaticinios de los profetas, el ardentísimo celo de los Apóstoles, la sangre fecunda de los mártires, los asombrosos ejemplos de abnegación de los confesores, las balsámicas esencias de la pureza de las vírgenes, la viviente centella del genio de los sabios, la brillante inspiración de los pintores y de los poetas, el indomable valor de los guerreros cristianos, las cadencias del céfiro, las imponentes palpitaciones del seno de los mares, los murmullos del arroyo, los quejidos del torrente, la blancura de la nieve, émula de su blancura, las criaturas todas...., todo, todo pronuncia con amor y con respeto el dulcísimo nombre de María y la saluda diciendo:

DIOS TE SALVE, REINA. Eres Reina, Señora y Madre mía! El esplendor de tu majestad, iluminada con los fulgores de la misericordia y de la justicia divina, que se abrazaron al pronunciar Tú la palabra de tu abandono en los brazos del Omnipotente, es un sol, cuyos rayos doran al mismo tiempo la inmensidad de los cielos y las anchuras de la tierra; en todos los ámbitos de tu reino resuenan aquellas alabanzas que Tú pronosticaste al entonar el himno de tu reconocimiento á los favores de Dios: ¡Bienaventurada te dicen las generaciones! Tu reino es tan grande como la eternidad!....

Todo esto es mucho, pero no le satisface á la Santísima Virgen. Ella quiere otro reinado y otras melodías: quiere ser Reina de nuestros corazones y que nuestros corazones se muevan á impulso del amor que nos profesa; que para Ella sean todos los latidos de nuestro corazón!....

Para Ti serán si vivimos á la sombra de tu amparo; para Ti que eres nuestra madre!....

Qué Madre tan amorosa! Tus ternuras no pueden explicarse, porque el afortunado que se embriaga con ellas no sabe más que sentirlas, extasiarse, saborearlas sin cansancio, pues son cada vez más apetecidas.

Para Ti, María, nuestros cariños; para Ti que eres nuestra Madre y la Madre de nuestro Salvador!....

Su aliento, nunca empañado, purifica el alma; su blancura la envuelve en cendales más puros que el primer copo de nieve; sus caricias embellecen el corazón, le elevan, le cambian, porque Ella es la madre del amor hermoso; el alma que la ama es princesa de su imperio y María la corona con diadema de inapreciable valor. Es Madre de Misericordia. Madre nuestra fué declarada por su Santísimo Hijo en el momento de consumarse la obra de la reparación: Jesús le hizo entrega de las llaves de la gracia; puso en sus manos el óleo del perdón, para que Ella un-

giera con él á todos los hombres; la hizo depositaria del rocío de la caridad divina para que rociara el alma del pecador reconciliado con el Padre por el sacrificio del Hijo; Ella cicatriza nuestras llagas con el licor del consuelo; nos sostiene en nuestras vacilaciones; nos lleva de la mano por el camino de la verdad; levanta nuestro decaído espíritu con las ternuras de su amor.

Eres nuestra Madre, Virgen Santísima! SALVE, MATER MISERICORDIAE!

A tus brazos corremos porque solo en tu regazo maternal estamos seguros: nuestra alma, hermanos, amenazada de peligros por todas partes, teme que el desfallecimiento se apodere de ella; desagrada por las heridas de la culpa, tiembla ante el peligro de la muerte.... Ánimos, cofrades! Hermanos; *sursum corda!* No busquemos la salud de nuestra alma en las lisonjas del mundo; no nos dejemos seducir por sus halagos; en el caliz donde él nos ofrece como licor de vida, la esencia del placer, de la honra ó de las riquezas, ha depositado mortal veneno la serpiente que sedujo á Adán y á Eva. Separemos los labios de esa copa no nos embriaguemos, porque al despertar del letargo, nuestro despertar será horrible! Vamos á María, á buscar las ternuras de su amor. Sus caricias nos embriagarán con éxtasis dulcísimos, nos abismarán en los mares de una dicha que ahora no concebimos. Buscadme á mí —nos dice María— corred en pos de los fragantes aromas de mis vestidos. Yo saldré á vuestro encuentro para que me halleis y entonces seréis felices. ¡El que me encuentra encuentra la vida! (1)

Vamos á María! Lejos de nosotros la copa del licor con que el mundo pretende trastornarnos. Ella nos dará un agua cristalina y fresca que apague la sed ardiente que

(1) Prov. VIII, 35.

nos consume; Ella calmará los ardores de la concupiscencia que nos inutiliza, enerva y mata, con las aguas regeneradoras del temor de Dios, que es la fuente de la vida (1). Ayúdanos, Madre mía; dirígenos en el camino, sostenenos para que no caigamos, é iremos á Ti y en Ti se satisfarán todas nuestras aspiraciones, se realizarán todos nuestros deseos; á tu lado respiraremos una atmósfera de bienandanza, la atmósfera que crea tu perfumado aliento; á tu lado sentiremos en las entrañas de nuestra alma todas las manifestaciones de la vida, porque nuestra vida eres Tú. Ella alegra nuestro corazón, y la alegría del corazón es la vida (2); nuestra vida es Ella, porque odiando, como odia, la boca de dos lenguas (3), Ella, que es la Madre de la prudencia (4), pone esta excelente virtud en nuestros labios, los sella con el candado de la rectitud y de la justicia y alcanza de su Hijo para nosotros un favor señaladísimo, uno de los favores que más nos garantizan la justificación: que nuestra lengua esté cerrada con la puerta de la circunstancia (5) que es la puerta del amor y del temor de Dios, de las cuales virtudes es Ella también la madre (6). María es nuestra vida porque pone el lenguaje de la verdad en nuestra lengua, apaga sus ímpetus de cólera y la enseña á maldecir el lenguaje de la difamación y de la calumnia. En la lengua están la vida y la muerte! (7). Palabras de vida comunica corazón á nuestra lengua! María es nuestra vida! Late nuestro corazón á impulso de aspiraciones terrenas, envileciéndose al eclipsar con las nubes

(1) Prov. XIV, 27.

(2) Eccl. XXX, 23.

(3) Prov. VIII, 13.

(4) Id. id., 14.

(5) Salmo CXL, 3.

(6) Eccl. XXIV, 25.

(7) Salmo XVIII, 21.

de la ilusión, la centella divina que fulgura en su seno; corre desalado en busca de un ideal que se desvanece tan pronto como le toca. Pobre corazón mío! Tal vez encerrado en el lodazal del vicio, no podrá ya recrearse nunca con los vivientes fulgores de la virtud; acaso aletargado en el crimen, no sentirá las armoniosas palpitaciones de la vida. ¡Tú le salvas, Señora! Tú salvas mi corazón y del corazón procede la vida! (1).

María es principalmente nuestra vida, porque Nuestro Señor Jesucristo la hizo depositaria de sus tesoros! Ella es el canal por donde descenderá hasta nosotros, desde el madero bendito de la Cruz, la sangre redentora del Salvador; de su bendito costado la Santísima Virgen tomará la gracia y entonces será nuestra vida por completo. ¡La vida es la gracia y la gracia la recibiremos por María!

Nuestra vida eres Tú ¡oh la más dulce de las madres! SALVE, VITA! La flor no vive sin savia; la tierra es esteril sin el calor del sol: el calor que hace fecunda nuestra alma y la savia que le da la vida es tu constante patrocinio. Dánosle, Reina, Señora y Madre nuestra. Enajenados de placer en tu maternal regazo ¡todo lo tendremos! En Ti todo es hermoso, en Ti todo es dulzura: tu regazo es fragante como los mejores ungüentos; (2) óleo derramado es tu nombre; (3) tus mejillas son hermosas como de tórtola; (4) tu cuello como collares de perlas; (5) el candor de la paloma sonríe en tus ojos; (6) eres la flor del campo; (7)

- (1) Prov. IV, 23.
- (2) Cant. de los Cant. I, 2.
- (3) id. id.
- (4) I, 9.
- (5) Id. id.
- (6) I, 14
- (7) II, 1.

la flor de la raíz de Jessé.... Eres toda dulzura: dulcísima es tu voz; (1) dulces más que el panal son tus labios; (2) tu lengua está bañada de leche y miel. (3) Eres la misma dulzura y la misma fragancia! Dulces son los dolores que nos siguen en la vida, porque Tú santificaste el dolor. Si tu enjugas nuestras lágrimas, ¿cómo no ser estas dulces?

Bien sabes, Madre mía, nuestros ardientes deseos de vivir solo de tu amor. Somos débiles, nada podemos por nosotros mismos. Tú lo harás todo! En Ti confiamos, de Ti lo esperamos porque Tú eres nuestra esperanza. De Ti esperamos la luz en las tinieblas de la duda, el sostén en nuestras vacilaciones, el aliento en nuestra flaqueza y debilidad, el consuelo en nuestras amarguras. De Ti esperamos la gracia que es nuestra vida. Ayúdanos, amparanos, Madre de mi alma, Reina, vida, dulzura y esperanza nuestra....

Regina, mater misericordiae, vita dulcedo et spes nostra.
SALVE, MARÍA.

- (1) IV, 3.
- (2) IV, 11.
- (3) Id. id.



EGO MATER PULCRAE DILECTIONIS

Yo soy la Madre del amor hermoso

ECCLI. XXIV—24



(Predicado el día de la festividad de **NUESTRA SE-
ÑORA DE BRABO**, en la Iglesia de San Nico-
lás de Valladolid el 25 de Noviembre de 1902).



AQUEL socialismo cristiano, aquel verdadero socialismo, cuya sagrada memoria nos arranca exclamaciones de envidia y admiración; aquella comunidad de bienes, de afectos, de ideas y de fines, que, formada al vivificante calor de las salvadoras enseñanzas del Crucificado, hizo una sola voluntad de las voluntades de los primeros discípulos de la Cruz, dóciles todos á la voz paternal de un hombre enriquecido con un poder ilimitado, revestido de una autoridad infalible, iluminada su frente con los rayos de la luz eterna, los rayos fulgentísimos, que partiendo de la mirada de Dios agonizante, venían á dar fulgores divinos á los ojos del Príncipe de los Apóstoles; aquel dichoso socialismo, que hizo un solo corazón de los corazones de los cristianos, se perpetúa de algún modo en las hermandades religiosas, con los mismos caracteres de virtud, de piedad y de salvación, resistiendo el empuje del furioso oleaje de ese otro socialismo, que busca la unidad de fines en un solo fin, es cierto, pero en un fin de disolución y de ruina: en la abominación de todo lo sagrado; en la conculcación de los derechos; en el olvido de todos los deberes. Todas las hermandades dan testimonio claro de lo que afirmo; en

todas ellas se vive la vida hermosa de paz, de concordia y de armonia que vivis vosotros, miembros esclarecidos de la Venerable hermandad de Nuestra Señora de Prado, hermandad rica por su origen, rica por su historia, rica por los admirables ejemplos de abnegación de los hermanos, de todos los hermanos, desde los fundadores de la hermandad, hasta vosotros, que, llenos de fé en los admirables misterios de nuestra religión, de esperanza en Dios y en la que es Madre de la Esperanza, de amor á Dios, que es la Caridad en esencia y á su Madre y nuestra Madre, que es la Madre del Amor hermoso, venís aquí, al templo, donde Dios escucha nuestras plegarias, donde se encuentra lo que se busca, donde se alcanza lo que se pide, á pedir á Dios, por mediación de María, la paz para vuestras almas, la paz para los pueblos, la paz para las naciones, la paz para los individuos, porque queréis que Dios reine en los corazones de los hombres y Dios reina en nuestros corazones por medio de la paz.

Yo os felicito por el interés con que conservais aquella comunidad de aspiraciones que enlazaba estrechamente á los hijos de la Cruz y con toda mi alma me uno á vosotros para cantar alabanzas á vuestra Patrona, meditando las grandezas de su amor porque á su amor se lo debemos todo.

Vamos á dedicar unos momentos á la Santísima Virgen.

AVE, MARIA.

La medida de nuestra grandeza nos la dió Nuestro Señor Jesucristo: tanto más grandes seremos cuanto más perfectos seamos; tanto mayor será nuestra perfección, cuanto nuestro amor sea más grande. Nuestra grandeza es nuestra perfección. La perfección no consiste en otra cosa que en ajustar nuestra voluntad á la voluntad divina; la voluntad de Dios palpita en los preceptos, y el fin de los preceptos es el amor. Si pues tu grandeza y tu amor ¡oh Excelsa entre las excelsas! se hallan perfectamente hermanados, si aquella y este están á la misma altura, ¿quién será el gigante en el amar que suba hasta Ti, y mida y estudie y comprenda y nos explique tu amor? Como Tú nadie; más que Tú, Dios solamente. Dios solo puede hablar de tu grandeza y de tu amor.

Ya que nos sea imposible alcanzar la posesión del conocimiento de lo que es la virtud del amor en la Santísima Virgen, podremos, apoyados en la columna de la fé, y ensanchada la esfera de acción de nuestra inteligencia con el telescopio de la gracia, venir, de deducción en deducción, á un cálculo bastante á aquietar en esta vida nuestros afanes por entrar de lleno en los inmensos dominios de la Reina de la hermosura, para gozar del éxtasis en que ha de arrobarnos la contemplación de la singular belleza de nuestra Madre y Señora.

Si la perfección y la caridad se relacionan de un modo tan estrecho que conocido el nivel de la una sabemos cual es el nivel de la otra, María Santísima es amante entre todas las criaturas, porque entre todas es perfecta; en su alma todo es amor, como todo es conocimiento de la voluntad divina y conformidad con ella; en su corazón brilla ardiente, llenando el mundo de vivísimo fuego, el sol del amor, como fulgura con centelleos celestiales la indeficiente luz, el sol inextinguible de su pureza. Después

de la grandeza de Dios, ocupa el primer lugar la grandeza de María, porque, después de la caridad de Dios la caridad de María es la más grande. La caridad es el fundamento de las demás virtudes; el cumplimiento de las virtudes que forman la perfección constituyen la verdadera grandeza y todas las virtudes viven en María como en su centro. ¿Como abarcar las anchuras casi infinitas del inmenso abismo de tu caridad, dulcísima Madre de mi alma? ¿Quién puede descubrir con su mirada, por poderosa y penetrante que esta sea, los límites de ese mar tan misterioso, misterioso porque la criatura no puede comprenderle?; ¿á quién le será dado contar la incomprendible multitud de chispas que se han desprendido del horno de tu amor?; ¿qué memoria será bastante á retener el indefinido é indefinible número de pruebas de tu amorosa solicitud para con los hombres, hijos tuyos, puestos bajo el manto bendito de tu protección por nuestro Señor Jesucristo?

Desde el feliz momento en que los hijos de Adán pudieron llamar con toda exactitud Madre á la Santísima Virgen, las inteligencias se han abierto á la luz de la verdad, las almas se han visto robustas, llenas de vida, porque el rayo de ese sol purísimo del amor que brilla en su corazón adorado, dió calor á las entrañas del alma, donde la simiente de la gracia había caído, y la gracia, que siempre por sí es fecunda, lo fué también en el alma, convertida en terreno fértil por el rocío del imponderable amor de la Santísima Virgen; por su amor los corazones han latido latidos de vida eterna, dirigiéndose al Cielo para llenarse de Dios; los pecadores, mudos de espanto, al resucitar en su imaginación con todas sus negruras la horrible noche de su crimen, al ver ante sus ojos el abismo de perdición á donde debieron bajar precipitados por sus culpas, al darse cuenta de que habían herido de muerte los ojos de su espíritu, poniendo, entre ellos y la

antorcha de la fé, densísimos crespones, espesas nieblas, impenetrables nubes, por obra del amor de la Corredentora del mundo volvieron á Dios.... ¿Quién de nosotros no puede dar una prueba de esta verdad? El microbio de la culpa corroyó las entrañas de nuestra alma, emponzoñó nuestro corazón; el violento huracán de las pasiones sacudió nuestra alma, apagó la centella de la fé en nuestra inteligencia, y el alma, débil, sin la savia de la virtud, fué herida de muerte y herido de muerte tuvimos el corazón. Las hondas heridas que en el corazón y en el alma había abierto el pecado manaban sangre, una sangre muy negra, acusándonos víctimas de una enfermedad gangrenosa y por consecuencia incurable. Nuestra alma, sin alientos, yacía en el lodazal de la enemistad con Dios, no podía mirar al Cielo!...., iba á morir, á morir la muerte de la condenación eterna. Nuestra madre se acercó á nosotros, restañó nuestra sangre, cerró nuestras heridas con el bálsamo de su inefable caridad, nos levantó del abismo de la culpa, y señalándonos el Cielo, nos dijo con voz dulcísima, dulcísima como las auras que besan el rostro de Dios: «¡Es tu patria, hijo mío! Dios es tu padre, yo soy tu Madre amorosa.» --¡Madre mía! exclamó nuestra alma en trasportes de inexplicable júbilo, y, en el camino del Cielo, se encontraron un suspiro de contrición del alma y un suspiro de Dios de clemencia y de misericordia. Por el amor de María el arrepentimiento del hombre; por el amor de María la misericordia de Dios. El amor puso en los labios divinos aquella palabra á cuyo mandato salieron de la nada la tierra y el cielo: el cielo, la patria del alma, el lugar de las maravillosas delicias que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano puede comprender, el paraíso donde el alma recorrerá con alas de ventura los interminables ámbitos de la eternidad feliz, gustando, sin cansarse, con dulzura siempre igual y siempre nueva, el placer de

contemplar á Dios cara á cara, el inenarrable placer de tenerlo todo, verlo todo, saberlo todo y penetrarlo todo en la visión beatífica. El amor de Dios hizo el cielo, es verdad; pero la puerta del cielo es el amor de María, porque el camino que conduce al país de la bienaventuranza es el camino que el alma sigue cuando ama á Dios, y, separada de ese camino por el pecado, fué vuelta á él, fué traída á la vida dichosa de la gracia por el amor maternal de la Santísima Virgen.

El bien y la verdad son los objetos de la inteligencia y del corazón: para encontrar la una, la inteligencia se fatiga sin sosiego, buscando una luz que ensanche los estrechos horizontes que descubre su mirada; para correr en pos del otro, la voluntad necesita de una savia fortificante, que solo puede venirle de lo alto. El dedo de nuestra Madre Santísima indicó á la inteligencia y al corazón el Cielo, el Cielo donde brilla espléndida la única luz que no se apaga, el Cielo, de donde descende la savia que dá alientos y energías, y el alma pensó solo en subir al paraíso, donde se abismará en los mares de la verdad y del bien, donde se llenará de Dios, que es el bien único y la única verdad. El amor de la Santísima Virgen mece nuestra cuna... desde la cuna al sepulcro nuestra vida es un libro cuyas páginas están formadas por testimonios de la caridad de nuestra Madre. ¿Quién no ha sentido mil y mil veces en el fondo de su alma el suavísimo rumor de la voz de María? ¿á quién no habrá anegado en insondables abismos de consuelo el amor de la Virgen?; los serios propósitos, las grandes resoluciones, ¿quién nos las inspiró sino María? ¿donde experimentamos las felices sacudidas de la conciencia para despertarnos del sueño de la culpa sino á los pies de la Virgen?; ¿á quién confiamos el éxito en nuestras empresas?

Responded por mi vosotros, piadosos cofrades. ¿A quien sois deudores del celo con que habeis trabajado y trabajais de una manera incansable por la propagación de esta Venerable Hermandad? venerable por sus excelentes fines, venerable tambien por los siglos que viene rindiendo culto á la Venerable imagen de su Amadísima Patrona; ¿quien os ha inspirado ese interés ejemplarísimo por la gloria de Nuestra Santísima Madre bajo la dulce advocación de *Nuestra Señora de Prado*?; ¿á quien se deben los señalados favores que recibis constantemente del Cielo como recompensa á vuestra fervorosa solicitud?... A la acción destructora del tiempo, á la lucha de los hombres, á los vaivenes de los pueblos, al zozobrar de las ideas, á la guerra cruel de la impiedad, á la fría indiferencia de los cristianos vergonzantes, al mismo empuje devorador de las llamas... á todo han opuesto un antemural indestructible vuestra constancia, vuestra fé viva, vuestro amor acendrado; con la confianza en Dios que dá la fortaleza porque Él es el solo fuerte, habeis desafiado contrariedades, amargas y sufrimientos y la devoción de la Santísima Virgen de Prado se conserva fresca, lozana, cada vez más fresca, cada vez más lozana, cada vez más extendida...

Pero ¿estos prodigios los habeis obrado vosotros? Es de fé que las energías del hombre, sin un auxilio superior son impotentes para alcanzar las alturas de lo sobrenatural. La Virgen lo ha hecho todo: el esplendor de su culto, la extensión de esta piadosa hermandad, las manifestaciones de vuestro religioso entusiasmo, los beneficios de ambos órdenes con que Dios Nuestro Señor os favorece, todo es debido á María. ¿Que agradecida es! Como premio á sus cuidados ¿qué nos pide? ¿qué quiere? Para una sonrisa nuestra, para una mirada, para un obsequio el más insignificante, tiene la Virgen sentimientos de eterna gratitud. Cuántas veces un alma pobre de méritos, anémica y en-

firmiza, debe su reconciliación con Dios, un momento antes de comparecer ante su soberana majestad, á la virtud de un Ave-Maria rezada maquinalmente!

De esta verdad estamos absolutamente seguros. Mortal dolencia acusaba próximo el fin de un hombre, abandonado á los azares de una vida sin religión, sin familia y sin hogar; á la cabecera del enfermo devorábamos la cruel angustia de ver que un alma iba á perderse, si la Santísima Virgen no extendía el manto de su protección sobre aquel hijo, más infeliz que culpable, digno de benevolencia, porque con su misma inestabilidad, desasosiego é inquietud, huérfano de sincero cariño, desconocedor de los íntimos placeres que se saborean al calor del hogar, ajeno á la placidez con que transcurre la vida en el seno de la familia, habia pagado ya en la tierra su desvío de Dios. Aquél desdichado en el mundo ¿había de serlo también en la eternidad? El rayo de la misericordia penetró en su alma y tuvimos la suerte de escuchar de sus labios una confesión sincera, acompañada de señales de arrepentimiento. A María se debió el triunfo; lo vimos claramente cuando él nos dijo que, lejos de Dios y de sus preceptos, separado de la Iglesia, y de sus prácticas y ayuno de toda obra de devoción, conservó la costumbre de saludar todas las noches al acostarse á la Santísima Virgen con un Ave-Maria.

Madre de mi alma! Oye nuestro ruego. Con amor acendrado, de lo íntimo del alma, suplicamos tu bendición, saludándote:

Refugium peccatorum: ora pro nobis.

AMEN.



El amor de Dios baja al hombre por MARIA: el amor del hombre, por MARIA sube á Dios.

*Inimicitias ponam inter te
et mulierem, et semen tuum
et semen illius. ipsa conteret
caput tuum.*

Enemistades pondré entre
ti y la mujer, y entre tu linaje
y su linaje: ella quebrantará
tu cabeza.

GÉNESIS, III, 15.

*Ego mater pulchre dilec-
tionis, et timoris, et agnitio-
nis, et sanctae spei.*

Yo (soy la) madre del amor
hermoso, y del temor, y de la
ciencia y de la santa espe-
ranza.

ECLESIAÍSTICO, XXIV, 24.

*...et deliciae meae esse cum
filii hominum.*

Y mis delicias (son el) es-
tar con los hijos de los hom-
bres.

PROVERBIO S, VII, 31.

*O vos omnes, qui transitis
per viam, attendite et videte
si est dolor sicut dolor meus...*

Oh vosotros todos los que
pasáis por el camino, aten-
ded y mirad si hay dolor co-
mo mi dolor.

LAMENT. DE JEREM, I, 12.

*Advocatam habereis et ad
ipsam (Deum). Ad Mariam
recurrere.*

Quieres tener un abogado
cerca de Dios? Recurre á
María.

S. BERNARDO, SERMÓN SOBRE LA NATIV. DE LA SSMIA. VIRGEN.

(Predicado en la Iglesia Penitencial de las Angustias de Valladolid «Novena de los Dolores» el día primero de Abril de 1903).



DIOS. MARÍA. El hombre.

Una maravilla de perfecciones; un ser hermosísimo, ejemplar acabado de todo lo admirable, de todo lo excelso, de todo lo sublime, causa de todo lo que existe nacido en el tiempo; razón suprema de lo que vive sin nacer, de lo que se confunde con la misma eternidad; arcano insondable donde palpita la primera idea, la idea eterna, que es la vida, la idea fuente de la vida creada; arca misteriosa donde estuvo guardada, desde toda la eternidad, la luz indeficiente, aquella luz cuyos resplandores purísimos habían de iluminar, en la plenitud de los tiempos, la carne mortal unida íntimamente al Verbo de Dios, fuente de luz y de vida; la misma vida, la misma luz, la perfección inmaculada....; todo lo grande, todo lo hermoso, todo lo perfecto: ¡DIOS! ¿Quién no le cree? En las entrañas de la nada vibra su orden y la nada es fecunda, dá vida á una materia, la materia se estrémece, se agita y va desenvolviéndose en eter, en agua y en fuego: surge la creación y se sostiene majestuosa sobre las bases de la eternidad.... La eternidad está sobre ella.... La creación tiene límites: desde ellos se descubren los horizontes de la vida eterna....

Ha sonreído Dios! La luz ha brotado....; el oriente se borda de púrpura y de grana....; franjas de fuego adornan la línea del occidente....; de azul purísimo se visten los cielos....; la flor se adorna de colores....; las plumas de las aves son ricas en color....

DIOS!... El suspira y repiten sus suspiros las auras, los céfiros y las brisas y las flores exhalan aromas delicados, fragancias suavísimas, porque el suspiro de Dios se ha mecido en su cáliz. La mirada de Dios conserva ardiente la hoguera de la luz, penetra en el seno de los montes y enciende en sus entrañas el volcán, y el volcán hierve y la tempestad aterra y zumban los huracanes y se levantan revueltas, imponentes, las palpitaciones del mar y rueda el trueno por los aires y se estremece la tierra y tiemblan las montañas y vacilan los montes porque Dios habla, ¡porque Dios habla ofendido! El rayo de su ira relampaguea en la irónica sonrisa de la tempestad que nos ciega, que nos hace cerrar los ojos, porque es imposible sostener frente a frente la mirada de Dios, cuando Dios mira irritado.... Qué grande es Dios! ¿Quién no le cree? Aquí, en lo más íntimo del corazón, en las entrañas del alma, vibra su voz omnipotente... Pecamos....; la conciencia se levanta para argüirnos.... Es Dios que nos habla; Dios que nos dice: Arriba! Arriba! En la culpa está la muerte y tu has nacido para la vida; levántate para vivir en mí

Para vivir en Ti, mi Dios. Haz tú que te oigamos siempre. Tenemos hambre de vida; en Ti sólo la hallaremos; nuestra vida eres Tú!

DIOS!... allí está, siempre igualmente vivo, siempre igualmente perfecto, sin antes ni después, sin menos ni más, amándose con un amor infinito, conociendo la perfección

de su esencia en el abismo de su eternidad, contemplando todas las cosas en su Verbo, en la segunda persona de la Trinidad Beatísima, completando la obra de su amor, en la procedencia: del amor del Padre y del Hijo en el Espíritu-Santo...

¡Completando la obra del amor! de ese amor inefable tan ardiente, tan poderoso, tan soberanamente salvador, tan difusivo, que salva los límites de la eternidad y rompe las solidísimas murallas de ese soberbio alcazar.... La eternidad se asombra ante un espectáculo verdaderamente incomprensible; pero, obediente a la voluntad de Dios Todopoderoso, se retira, se repliega en Dios, para que la vida creada se abra paso... ¡La creación brota del caos del no ser! El amor de Dios es un mar que se desborda... Miradle: recorre la creación entera buscando un objeto en donde descansar. No se detiene.... Qué busca? Tal vez una criatura? lo increado y lo creado se han de unir? La nada ha estrecharse con el Todo? De qué manera?

Sí, hermanos, sí. Se estrecharán, Madre mía, por Ti, prodigio de belleza; por Ti, cuyo panegirico ha hecho Dios al preconizar tu hermosa con este cántico dulcísimo:

Dios te salve, María, llena eres de gracia....

Oíd: que voz tan suave! qué melodías tan dulces! qué acordes tan armoniosos! No son murmullos de arroyo, ni suspiros de brisas, ni caricias de céfiros, ni armonías de ángeles. Oíd: *Yo he sido engendrada en el principio antes de todos los tiempos.... Yo soy la Madre del amor hermoso, y del claro conocimiento y de la esperanza bienhechora... Venid venid á Mi porque son mis delicias el habitar con los hijos de los hombres.....*

.....
 Aquel mar de ventura, de felicidad y de dicha, buscaba el corazón del hombre, para encerrar en él, en su pequeñez y en su pobreza, las maravillas que no caben en los cielos, las incomprensibles riquezas de los tesoros del Altísimo. Dios se enamoró del hombre, quiso venir al hombre, buscó al hombre, para subirle á El, para estrecharle con El, para hacerle grande y poderoso, para sumergirle en el insondable abismo de la luz y de la vida, para vestirle de la librea de la inmortalidad, para bañarle de consuelos...! de consuelos que solo Dios concibe, para hacerle feliz, feliz como Dios, con una felicidad inmarcesible, para coronarle de flores, de flores siempre frescas, siempre hermosas, siempre fragantes... Dios buscó al hombre; el mar del amor de Dios corría hacia el hombre... pero, al encontrarle, se detuvo: el hombre, alimentando la soberbia en su corazón, concibió la idea de medir con Dios su poderío: «Soy tan grande como tú»—le dijo,—alzó su mano y las aguas vivificadoras del mar de la gracia retrocedieron..... retrocedieron con lentitud, para volver de nuevo á caer sobre el hombre desagradecido convertidas en fuego de maldición... Ya es imposible la armonía... El hombre es criminal y Dios es justo; el hombre es pequeño y Dios es grande; el hombre ha pecado contra Dios y el pecado es enemigo de la gracia. Para la unión son necesarios el orden y la armonía y no hay orden ni armonía donde no existe

el amor! El hombre y Dios se han separado. A la derecha están los mares del amor Dios queriendo todavía desbordarse... No pueden: el impetu de sus olas no puede romper las barreras de la justicia, no puede salvar las anchuras de otro abismo que se abre junto á él: ¡el abismo del fuego de la ira de Dios!... A la izquierda, se halla el hombre y ante él el abismo de su culpa, inmenso, profundo, aterrador... Cuando ese mar se seque y cubran su vacío las lágrimas del hombre, con el auxilio de la gracia, el hombre se habrá salvado!...

Entre Dios y el hombre, entre el mar de la gracia y de la culpa, entre los resplandores de la ira del Creador y la tenebrosa oscuridad del crimen de la criatura, cabalgando sobre blanquísima nube, envuelta en radiantes nimbos de luz, coronada por aureola de colores celestiales, resplandece una vision hermosísima, una figura mágica, que atesora todos los encantos, que se adorna de todas las gracias y hermosuras.....

Habla al hombre prevaricador y en él á todos sus hijos: «*Venid, venid á Mi; yo soy la Madre del amor hermoso y de la esperanza salvadora*».....

A Ti vamos, refugio de pecadores, á Ti consuelo de afligidos, á Ti ¡oh arca de la alianza!, á Ti, la amada de Dios, á Ti vamos... Fuimos flores de los jardines del Eterno; pero, ay! la flor tronchada por el huracán de la soberbia, pierde sus aromas y muere en el desprecio y el olvido; acaso aquel conjunto de finísima hermosura, aquellas hojas cuyos purísimos colores se resisten á la inspiración del artista, se han confundido con el fango!; por desgracia aquel caliz formado por las manos del Señor, aquel caliz donde suave se mecía el céfiro de la gracia, aquel caliz que buscaba el sol de la misericordia para besarle, es escoria, ¡sólo escoria! Arrancada nuestra alma del árbol del amor por el impetuoso viento de las pasiones, ¡como la

flor, agostada por los calores del estío, ha muerto! desde la altura de la gracia, á donde habia subido en alas del amor del Todopoderoso, ¡ha bajado hasta la sima de la culpa! Nuestra pobre alma, bella, bellísima, por la incomparable belleza de que fué adornada por el espíritu del Señor, blanca como las nubes que te envuelven ¡oh visión encantadora! pues en purísimos lienzos de celestial blancura la envolvió su Creador, ha arrastrado su belleza por la escoria del pecador.... Vuélvela tú á la vida! que sepa amar á Dios reconociendo su Majestad increada y que por Ti suba nuestro amor á Él y su amor baje á nosotros.....

La salvadora visión se presenta ante el Eterno.... El Eterno se sonríe. ¡Oh dicha inenarrable! La aparición salvadora toma en sus manos los focos eternos de luz y de color, los vivientes resplandores que brotan de la sonrisa del Omnipotente y la arroja sobre la oscuridad de nuestra culpa; con su manto azul, bordado de estrellas fulgentísimas, cubre el abismo de nuestra iniquidad; derrama una lágrima que apaga el fuego de la ira de Dios y el mar del amor divino rompe las barreras y envuelve al hombre entre sus aguas!.....

La criatura se ha reconocido ingrata: piensa en su pequeñez, medita la grandeza de Dios, y anonadándose en el polvo, cae de rodillas, mira al Cielo y exclama: ¡Piedad, Dios mío!.... Es que el corazón del hombre ama otra vez....; el aliento de la aparición divina ha penetrado en su seno para encender la centella del amor que se extinguía.... Esos suspiros de arrepentimiento, son suspiros de amor, suspiros que suben á la altura para que la Madre del amor hermoso los purifique y los presente limpios ante la Majestad soberana del Omnipotente. Dios recibe el holocausto y entrega un caliz á la generosa Abogada de los

hombres: el caliz que contiene el rocío que la *Madre de la esperanza* va derramando sobre nuestras cabezas. Todos estábamos allí; á todos nos tocó una gotita del bálsamo divino.... *El amor del hombre subió á Dios, y el amor de Dios bajó á los hombres por el canal sagrado que pone en comunicación al culpable y al misericordioso, al Creador y á la criatura....*

¿Quién eres Tú, conjunto perfectísimo de todas las bellezas y de todas las gracias? Quién eres, maravilla de hermosura, portento de bondad, dechado de virtud? ELLA es la que concebirá siendo virgen; la que quebrantará la cabeza de la serpiente; el lazo de unión entre esas dos grandezas admirables: la grandeza de lo increado y la síntesis completísima de la creación... ¡MARIA es su nombre!.....

La vida del alma es la virtud; la virtud es hija de amor, y el amor nuestro para Dios ha brotado por obra del amor de Dios para nosotros, por Ti, Señora y Reina, que has traído al mundo al Verbo de Dios hecho carne, al Dios hombre por quien desciende á nuestras almas el Espíritu Santo, que es amor convertido en gracia, en gracia que prende en nuestros corazones el fuego del amor para Aquel que nos amó hasta darnos á su Hijo.

«Deteneos! Miradme!.... Decidme si conocéis un dolor como el dolor que desgarrá mi alma».... El cuadro más grandioso, hermanos: el cuadro que más vivamente retrata la dulce, meditación que hacemos; el momento más solemne para nosotros... Entonces, cuando los más agudos dolores, las más angustiosas penas, las amargas más profundas y los más terribles sufrimientos, traspasaron el corazón purísimo de María, que al pié de la Cruz, leyen-

do en las supremas convulsiones de su Agosto Hijo la última página de la obra de la redención, cambiaba una mirada de amor inefable con la sagrada Víctima de los pecados del mundo, entonces, ¡Madre de mi alma! nos diste la prueba más preciosa de tus amantes desvelos por nosotros.... Vió María á su Hijo subir hasta la cumbre del Gólgota con la Cruz, sin figura de hombre, cubierto de heridas, manchada la hermosura de aquel rostro, de aquel rostro que es el rostro de Dios! con barro de sudor y polvo; le ve subir á la Cruz para morir por la culpa de los hombres, y sufre, sufre más, mil veces más que todos los mártires juntos ¡pero no llora!... más ¡ay Dios! cuando nos ve á nosotros, altivos, infames, descarados, ebrios de insensatez y de locura, avanzar hacia la Cruz, mirar á Dios de hito en hito, y ¡cruel! hacer pedazos su carne, clavar sus manos y sus piés, romper su sacratísima cabeza, abofetear sus mejillas, insultar con el sarcasmo y el desprecio los centelleos moribundos de aquella vidriosa mirada y hundir el puñal deicida en el santísimo costado; cuando ve brotar á raudales la sangre redentora y que nosotros la pisamos; cuando nos oye decir, en el paroxismo de la desesperación y de la rabia: «más, más sangre.... hasta la última gota»; entonces... llora María! llora por nuestra ingrátitud!... mira á Dios, le ofrece sus lágrimas, y en ellas hace que lea Jesús esta sublime petición: ¡PERDÓNALOS HIJO MÍO!... Jesús no habla, pero mira á su Madre, y en su mirada le dice: ¡ESTÁN PERDONADOS!... En las alturas del Gólgota, quedas, ¡Madre de mi alma! abandonada á la intensidad de tu pena; los hombres, por cuya conversión elevas hasta el altar del sacrificio los anhelos de tu amor, se han separado de Tí Volverán? Si, Madre mía! ¡aquí estamos, á tus plantas, junto al árbol de la Cruz: tus deseos no son frustrados; tus lágrimas son féculdas. Aquí estamos confundidos en presencia de nues-

tro crimen, avergonzados de nuestra iniquidad, deshecho el corazón en llanto... Más con el alma que con la lengua, porque el dolor nos ahoga, tocando con la frente el polvo de la tierra, exclamamos: ¡Misericordia, Dios mío, misericordia! Los cielos se abren, y el rocío de la gracia descendiendo sobre nosotros.... En una lágrima de la Virgen se han unido el amor de Dios y el nuestro. *El amor de Dios ha bajado á nosotros por MARÍA; nuestro amor, por MARÍA ha subido á Dios...*

Nuestra alma, manchada por la primera culpa, vino á informar nuestro cuerpo y el amor purificó el alma con las aguas del bautismo; pero el alma un día volvió á cubrirse de lodo: la vanidad sofocó su fuego; la soberbia apagó su luz; el alma fué emponzoñada por el veneno de las pasiones y herida de muerte por la saeta de los pecados contra la caridad, contra el amor, cayó desplomada, pobre, sin alientos, y casi sin esperanzas de vida, en el funesto letargo de la culpa: á su oído vibró una voz amorosa; el aliento de una Madre tierna la reanimó para que respirara; sintió calor divino en el regazo maternal; apoyada en el brazo de la Madre se sostuvo en pie; á la brillante luz que brotaba de los ojos de la Madre, vió la verdad y en la verdad descansó su inteligencia; aprendió el bien y por el bien suspiró su voluntad. El dedo de la Madre indicó á nuestra alma el camino de la Cruz y á la Cruz fué....; al pié de la Cruz se reanimó con el fuego del amor divino y exclamó, arrobada en celestiales consuelos en éxtasis de inefable felicidad: CREO! ESPERO! AMO!

AMEN.

